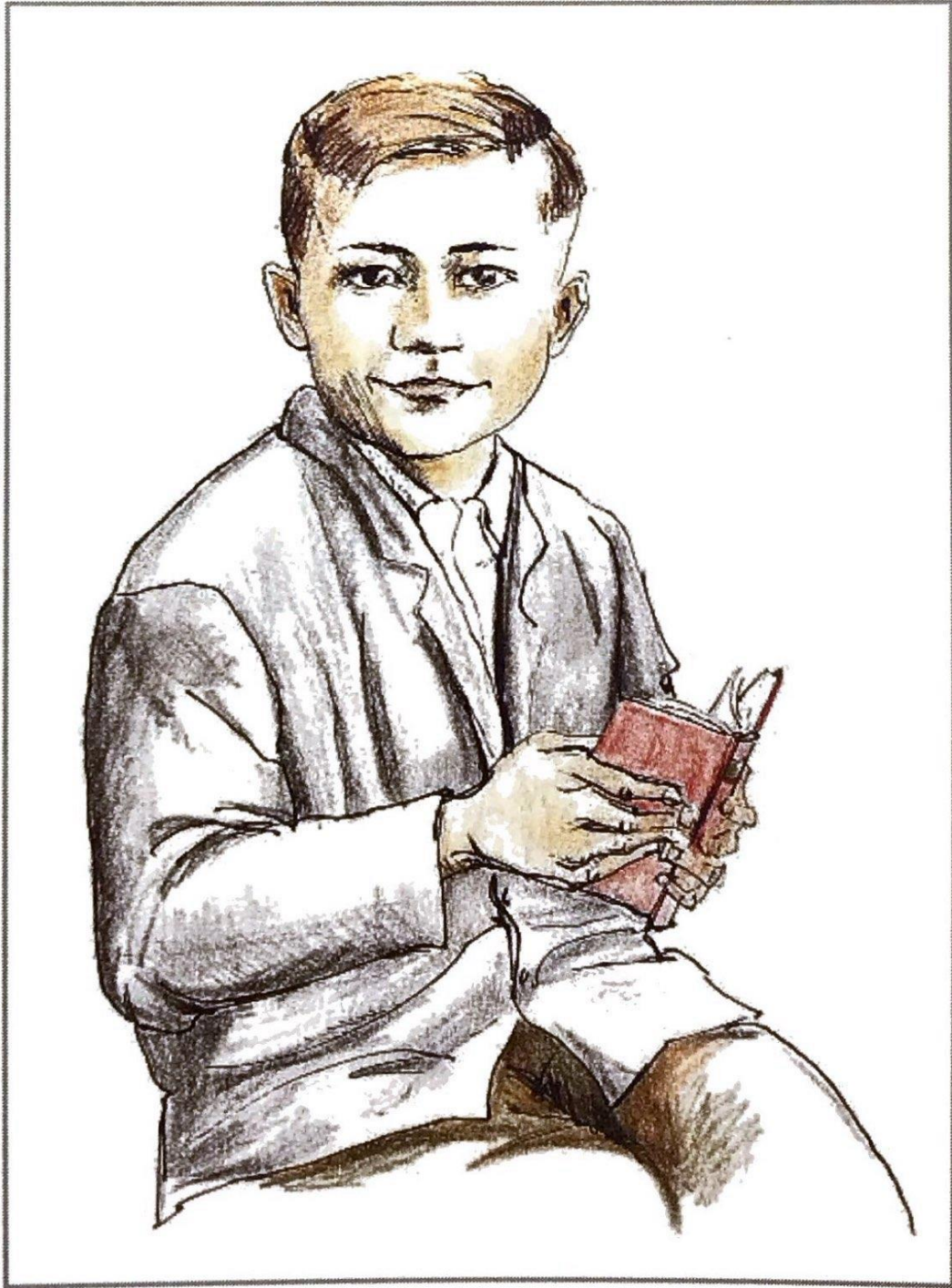


Bernhard -

NUESTRO AMIGO



Una biografía acerca de Bernhard Lehner,
contada para niños, niñas y jóvenes

Queridos niños y niñas, queridos jóvenes,

quizás saben ustedes por sus propias experiencias, cuán valioso y hermoso es, tener un amigo o una amiga. Alguien con quien jugar, emprender cosas hermosas, pero también alguien con quién poder hablar acerca de todo; nuestras alegrías y tristezas. Nuestro mejor amigo es Jesús. Él les ama en especial a ustedes, los niños, las niñas y los jóvenes, si ustedes aceptan su amistad. Pero, ¿cómo sería esto posible?

Este cuadernillo pretende darles, tanto a ustedes como a muchos otros, una respuesta a esta pregunta. Se los cuenta Bernhard Lehner. Él fue también un niño, así como ustedes, quien tuvo una profunda amistad con Jesús, tanto así, que quería incluso convertirse en sacerdote, para poder entonces contarle a muchas personas acerca de Jesús.

¿Quieren saber, qué fue lo que hizo, cómo vivió y lo que significó para él tener a Jesús como amigo? Entonces, ¡sigan leyendo!

Espero que lo disfruten mucho. ¡Dios los bendiga!

Ratisbona, 12 de septiembre de 2003
(Día conmemorativo del nombre de María)

Georg Franz X. Schwager
Vicario de la catedral

Jefe del Departamento
de Beatificación y Causas de los Santos
del Consistorio Episcopal
de la Diócesis de Ratisbona

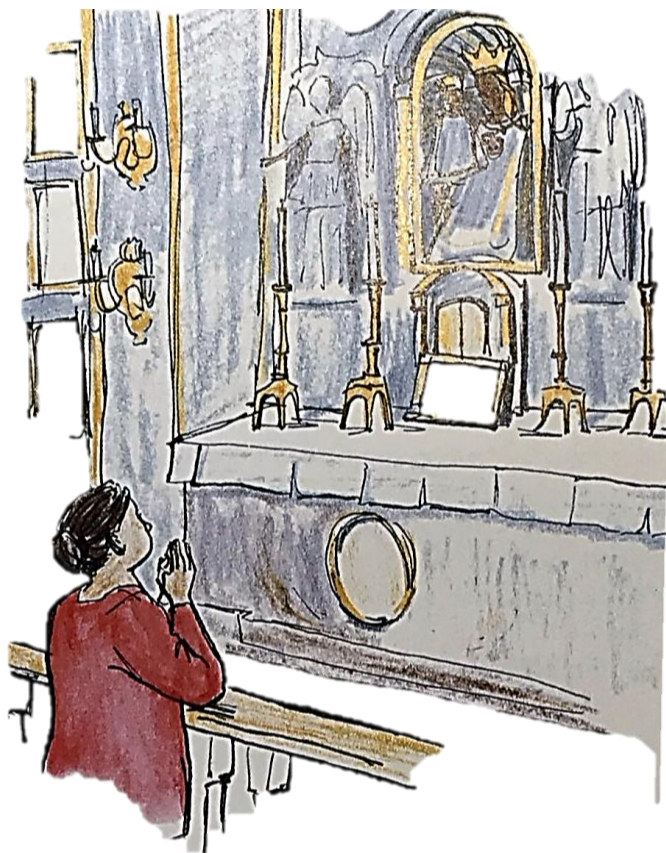


Es una mañana fría de otoño. En el pequeño pueblo de Herrngiersdorf en Baja-Baviera solo hay una luz encendida, es en la casa de Wolfgang Lehner, un carpintero sencillo y bondadoso. En la cocina espera su esposa Anna, quien está ocupada cuidando de su hija pequeña. Es un día especial, ya que la madre y el padre desean hacer un viaje de peregrinación hacia Altötting. Mamá Anna, se encuentra en espera de su segundo hijo y quiere confiarle este a la Santísima Madre. Mientras salen de la casa, las campanadas de la iglesia más cercana tocan la melodía “Ángel del Señor”. Mamá Anna está preocupada, teme que el nacimiento de este, su segundo hijo, traiga consigo las mismas dificultades que sufrió con el primero. Papá Wolfgang, por el contrario, tiene más confianza. Cree profundamente en Cristo y se entrega por completo a la profunda providencia.

Al llegar finalmente a Altötting y, ante la imagen de la Virgen María, una increíble calma llena el corazón de la mujer. Ya no tiene miedo, siente, de alguna forma, que el que lleva en su vientre está destinado a grandes cosas.

El sábado 4 de enero de 1930, nace el niño, quien recibe como nombre, aquel que llevara su abuelo materno: Bernhard.

Cinco días después, en la iglesia Maria Himmelfahrt (Ascensión de María), es bautizado por el cura, hermano de su padre, y este le pide al Señor, de ser posible, que Bernhard reciba la vocación del sacerdocio.



La madre de Bernhard rezando ante la imagen milagrosa en Altötting.

Los primeros años

Una suave calidez y un aroma a cosas buenas se esparcen por la gran cocina. Anna se sienta y toma al pequeño Bernhard en brazos. Un breve momento de gran alegría. La hermana mayor juega, el hermano pequeño mira desde la cuna, y Bernhard empieza a hablar en ese instante; entonces emana de él una luz radiante, que hechiza a todo el que se le acerca.

“Repite Bernhard, repite conmigo... Dios te salve María...”

Bernhard aprende a rezar junto a su madre. Ella lo encuentra a menudo en su cama con las manos juntas. Bernhard rezaba, sin cansancio, desde su temprana niñez y, aun así, temía que sus oraciones no fueran suficientes.

“Basta, Bernhard, tienes que dormir.”

“Solo un poco más, mamá, quiero hacer feliz a Jesús.”



El bautizo de Bernhard.

Sufrimiento y consuelo

Hoy reina un extraño silencio en la casa. Mamá está llorando, papá no está en el trabajo y camina por la casa con cara de pena. Bernhard y sus hermanos han sido confiados al cuidado de una vecina. “¿Pero qué pasa?”, pregunta el pequeño.

¿Cómo se le podría explicar que su abuelo ha muerto? La vecina se esfuerza por hacerlo con palabras sencillas y no demasiado tristes.

Y entonces ocurre algo inesperado. Bernhard corre a casa, abraza a sus padres y les dice: “¡No lloren, el abuelo está en el cielo!”

El padre y la madre le miran asombrados. En su simpleza, un niño ha logrado encontrar las palabras justas de consuelo.



La madre rezando con Bernhard el „Ave María“.

Los primeros deberes de responsabilidad

La escalera de madera que conduce del primer piso a la cocina resuena con el sonido de pasos rápidos. Son los dos hermanos, cada uno de los cuales quiere llegar el primero a la mesa. Es este un día especial: 21 de abril de 1936 y el pequeño Bernhard se prepara para ir a la escuela por primera vez. Anna mira a sus hijos con orgullo y ternura; les ayuda a poner las mochilas y los despide de casa con un beso y una oración en voz baja.

Está un poco preocupada por el pequeño Bernhard, pero este se acostumbra rápidamente a su nuevo entorno. Su primera maestra recuerda:

“En esos tres años, ni una sola vez tuve que reprender a Bernhard por estar inquieto o perturbar las clases”. Es un niño alegre y feliz al que le encanta la compañía de sus compañeros. A Bernhard le encanta jugar al aire libre y supera a los demás en todos los deportes, especialmente en el fútbol.



Bernhard - un futbolista entusiasta.

Con el paso de los meses, el maestro aprende a apreciar cada vez más las excelentes cualidades de Bernhard: es muy aplicado, disfruta aprendiendo, es ordenado y preciso. Sus libros y cuadernos están siempre en perfecto orden; nunca viene a clase sin tareas (¡incluso se queda levantado por la noche si aún no las ha terminado!).

Siempre está muy atento en clase y le molesta que otros alumnos interrumpan las lecciones, especialmente las de educación religiosa. Escucha las palabras del sacerdote con la mayor seriedad cuando este viene a la escuela para impartir clases de religión y a veces le hace preguntas tan profundas que causan asombro.

Era siempre ágil de mente, solo hubo una vez -recuerda el cura- en que no supo la respuesta y para sorpresa de todos.

Le encanta aprender, pero también disfruta jugando en vacaciones y organizando divertidas carreras de esquí con sus amigos, en las que destaca notablemente. Pero no está orgulloso de ello, no se alegra de las derrotas de sus compañeros, siempre es honesto en cada partido y sabe perdonar. Un amigo cuenta que un día el juego se desarrollaba con bastante intensidad y accidentalmente golpeó al pequeño Bernhard en la espinilla, de modo que no pudo terminar la partida. Al terminar la partida, Bernhard se le acercó y le dijo: “Quiero perdonarte, ¿no lo has hecho a propósito!”

Devoción mariana y proyectos de vida

“¿Estás listo, Bernhard?”

“¡Sí, mamá!”

Se ha levantado antes de lo habitual porque quiere ir en procesión a Altötting con su padre y su hermana pequeña, donde su madre le encomendó a la Virgen María antes de nacer. Al llegar a su destino, Bernhard siente una atmósfera de profunda alegría. Durante largo rato reza fervorosamente con la devoción confiada de un alma pura y sencilla. Prometió a la Virgen que rezaría siempre el rosario, y muchos recuerdan que desde entonces se quedaba en la iglesia después de misa para rezarlo.

El padre casi tiene que arrancarle del altar; en estos destellos de ferviente oración, Bernhard ha reconocido su misión en la vida: quiere ser sacerdote, quiere dedicarse por entero a la salvación de los demás, sobre todo de los que están lejos.

“Predicaré sermones poderosos”, dijo, “y la gente que no tiene fe acudirá a Dios. Quiero convertirlos. Mira, mamá, lo que encontré en la revista misionera... ¡Leámoslo juntos!”

Más tarde, cuando se prepara para la primera comunión, confiaría este secreto a su madre:

“Quiero convertirme en algo que me lleve al cielo”. ¡Son palabras extraordinarias!

Un corazón eucarístico

El 16 de abril de 1939, recibe su primera comunión con alegría y profunda fe, y el sacerdote celebra una fiesta con los niños. Ya es de noche, los padres llaman a los pequeños para que regresen a casa...

“Mamá, espera, primero tengo que darle las gracias al Párroco.”

Una de las cualidades especiales de Bernhard se pone de manifiesto desde sus primeros años de edad: él sabe dar las gracias por cada regalo.

A partir de ese día, procuró comulgar diariamente y continuó esta práctica tanto si estaba en el seminario como de vacaciones. Coleccionaba imágenes de santos, especialmente sobre la Eucaristía; tenía una imagen colgada encima de su cama y nadie podía quitarla. Cuando aún estaba en la escuela primaria, hizo un reclinatorio para una pequeña capilla en el bosque; erigió una cruz sobre la capilla y la decoró con hojas de arándano.

Bernhard estaba lleno de una piedad sencilla pero muy profunda y sentida. Ciertamente, velaba por su conciencia, pero no conocía la exageración en su piedad y actitud. Solo emanaba de él una absoluta paz.

Fortaleza en el ideal

“Señor Lehner, Bernhard es un chico capaz, inteligente e imaginativo. No debe limitarse a ser un simple carpintero. Al menos, ¡deje que asista a una escuela especializada para ebanistas!”

“Bernhard tiene otras metas, señor profesor. Quiere ir al seminario y yo no puedo impedirselo, aunque veo las dificultades a las que se enfrenta.” Son años difíciles, el gobierno anticlerical ha lanzado una campaña de desprestigio contra los sacerdotes. Pero Bernhard está convencido de la profesión que ha elegido. No le importan las burlas de algunos porque su futuro es demasiado incierto; no le interesan las riquezas, solo quiere llegar a ser semejante a Jesús.



La iglesia natal de Bernhard en Herrngiersdorf.

“¿Por qué no quieres ser maestro?”, le preguntaban, “así no tendrás que pagar los libros ni la matrícula. ¿O por qué no te haces ingeniero? Es una profesión muy rentable y bien remunerada.”

“No entiendo por qué la gente da tanta importancia al dinero. Uno ya recibe lo que necesita. Quiero ser sacerdote, ¡quizá también entre los infieles!”

“¿Quieres ser pastor? Pero les cortarán la cabeza”, respondían.

Bernhard, lleno de ingenio y madurez: “Entonces no importará que yo también estoy allí.”



Bernhard se desempeña felizmente como monaguillo en el Altar.

Un comportamiento impecable

“Benrhard Lehner tiene la disposición y la inclinación para ser sacerdote. El alumno es elogiado en todos los aspectos, de modo que su admisión es encomendada.” Estas son las palabras que el sacerdote dirigió al obispo que lo admitiría en el seminario.

Finalmente, el 9 de julio de 1941, fue concedida la solicitud de admisión en el seminario masculino de Ratisbona. En los meses anteriores se había preparado con entusiasmo para los exámenes. Todas las mañanas iba a ver al párroco de Wahlsdorf, a menudo descalzo y con los zapatos en una bolsa; caminaba por un sendero de piedra para que no le viera demasiada gente. Mucha gente se reía de aquel chico que oficiaba misa todas las mañanas, se levantaba tan temprano y se preparaba con tanto esmero.

“Hoy llevo la camiseta roja del coro.”

“Dame las cerillas que has escondido...”

“Balancea el incensario como un carrusel...”

Así gritaban los compañeros en la sacristía, pero Bernhard se ruborizó y les llamó al orden: “Basta ya, ¿acaso no sabéis que debemos ser como los ángeles que sirven al Señor?”

Era tan concienzudo en su labor que el párroco lo ponía como modelo para los monaguillos; e hizo que su tío espiritual estuviese también plenamente convencido: “Servía en misa todos los días con una recogida y una piedad que impresionaban a todos los que lo veían. Cuando ya era estudiante de bachillerato, la comunión diaria era para él algo natural. Cuando venía a verme durante las vacaciones, rezaba casi todas las semanas junto a los carmelitas de Ratisbona y era bonito verle llegar en bicicleta lleno de alegría...”



Ratisbona. Aquí se prepara Bernhard, para realizar su deseo de convertirse en cura.

Esperanzas y temores

El curso escolar empieza dentro de unos días. Bernhard ha aprobado el examen y está radiante. Ahora puede hacer realidad el sueño con el que tanto ha soñado y por el que tanto ha rezado.

“¿Es correcto lo que hago? ¿Es esto lo que Dios quiere que haga?”

Lleva días atormentado por el temor de que sus familiares gasten demasiado en su estancia en el seminario, pero le tranquilizan amablemente porque quieren que sea feliz.

“¡Es indignante! Hasta aquí hemos llegado.”

“¿Qué está pasando, Wolfgang?”

“¡El gobierno ha decidido cerrar los seminarios!”. La madre Anna mira a su marido con dolor. ¿Qué hará Bernhard ahora? Pero Bernhard no se desanimará; ¡si Dios le pone a prueba, también le dará fuerzas para vencer! Decide asistir temporalmente al instituto de Landshut. Durante este tiempo puede quedarse con su tía Josefa Gruber en Ergolsbach. Comienza entonces un período difícil de su vida. Todas las mañanas tiene que coger el tren para ir a la escuela, y le resulta difícil porque a menudo llega demasiado tarde.

Finalmente, el 21 de septiembre de 1941, el decreto sobre la clausura de los seminarios es revocado por el gobierno y Bernhard puede por fin regresar a Ratisbona e instalarse en el seminario masculino, ya que este ha sido transformado en un hospital militar.



Un alumno y estudiante disciplinado.

Con tesón y dulzura

“En un triángulo rectángulo, el cuadrado sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados sobre los catetos.”

El profesor le explica, pero Bernhard no puede seguirle, las matemáticas son como un gran precipicio para él. Se pasa muchas horas estudiando los cuadernos, pero no consigue resolver los problemas.

“Pero, ¿por qué se necesita el teorema de Pitágoras para ser un buen sacerdote? ¿Y es necesario memorizar decenas de palabras griegas y latinas? Me sé el latín de la misa, ¿no? *Introibo ad altare Dei*,

ad Deum, qui laetificat inventutem meam. Ese es el latín que habla al alma, esas son las palabras de la vida, ¡y no me cuesta nada memorizarlas!”

Así piensa Bernhard y mientras tanto una mala nota le sucede a otra. Son días tristes para él. Algunos profesores le asustan, siente una vergüenza terrible cuando no puede responder a sus preguntas y casi le invade la nostalgia de su casa.

Sin embargo, no siente que Dios le haya abandonado, aunque permanezca en silencio. Y sigue rezando con ilimitada confianza. En los minutos libres se entretiene tocando el violín, y es agradable escuchar la pura armonía que emana... Pero comprende que es más necesario estudiar otras materias y abandona con gusto el violín. Quiere ser sacerdote, y la preparación es importante para él.

Se entrega a sus estudios con la máxima energía, quedándose despierto hasta altas horas de la noche para recuperar el tiempo perdido y rellenar los vacíos; y poco a poco sus esfuerzos dan los resultados esperados.

“Hermana, ¿podría rezar por mí?, tengo una tarea para la escuela y, cada vez que eso sucede, me pongo nervioso y ansioso.”

“¡Ánimo, Bernhard, todo saldrá bien!”

“Eso espero, he aprendido y quiero sacar buenas notas. Pero es mejor ser el último que deshonesto.” Su extraordinaria fuerza de voluntad y la inusitada humildad con la que admite su mala preparación hacen que a partir del segundo curso sea el primero de la clase. Sus compañeros le aprecian y le quieren, ya que siempre está dispuesto a ayudar a cualquiera que tenga dificultades en la escuela o sufra nostalgia de su hogar. Recuerda demasiado bien cómo ha sufrido él también, y sugiere el mismo remedio que le aconsejó su tío espiritual contra la añoranza: ¡rezar por las pobres almas!



Servicial y amigable, así lo conocían sus compañeros.

Vida alegre en el seminario

Está contento con la vida en el seminario y es cada vez más consciente de la elección que ha hecho.

“El maestro tiene siempre algo contra mí... ¡Es injusto!”

“No debes decir eso, ¡sabes que no es verdad!”, responde Bernhard.

Hablas así porque eres el favorito, ¡eres un ñoño!

Bernhard nunca se ofende. Sabe que sus compañeros le llaman así y que le han apodado «Goas» (cabra) porque tiene animales en casa. Pero no se ofende.



Feliz de compartir lo que recibió como regalo de casa.

Él sabe que ellos no tienen mala intención. Solo discrepa cuando le acusan injustamente de haber cometido un error.

“¡Eso no es cierto; si hubiera sido yo, lo hubiera dicho!”

Odia las mentiras, las considera insultantes, sobre todo para aquellos que las dicen.

A veces se deja llevar por su carácter alegre y es capaz de organizar bromas que hacen gracia a sus compañeros, aunque siempre con tacto.

Es un chico alegre y simpático, siempre sonríe a todo el mundo de forma amistosa, es reservado y prudente en sus opiniones. Le encanta la compañía y, sobre todo, la paz. Si hay una pelea, se aleja del grupo.

Todos, profesores, director, compañeros, hermanas, le recordaban como un chico extremadamente sensible y servicial, dispuesto a escuchar hasta la más mínima petición de los demás. Un día, la Hermana que estudiaba con los chicos dijo que le gustaría tener un atlas para seguir los acontecimientos de la guerra. Todos escucharon, pero solo Bernhard trajo su atlas.

“Sabía sonreír más con los ojos que con la boca”, decía su director, y era cierto: el temperamento alegre de Bernhard conquistaba a todos a primera vista.

Y, sin embargo, en los años que pasó en el seminario, no gozó de demasiado reconocimiento y apenas se le consideró un modelo a seguir. Vivía casi discretamente, y eso era lo que quería. Solamente cuando murió, todo el mundo se dio cuenta de lo impresionante y llamativo que había sido su estilo de vida y de lo viva y valiosa que había sido su presencia. A menudo sucede así: mientras poseemos un tesoro, no nos damos cuenta de su valía; solo cuando lo perdemos irremediablemente comprendemos lo pobres que nos ha hecho su pérdida.

Madurez humana y cristiana

El 2 de julio de 1942, Bernhard recibe en el seminario el sacramento de la Confirmación de manos del obispo auxiliar Johannes Höcht. En su calendario señala esta importante fecha con un asterisco y su

camino tras las huellas de Cristo se hace cada vez más seguro. Su espiritualidad consiste en una devoción total y confiada a Dios. En él está la disposición infantil a aceptar la voluntad de Dios; esto se combina con una madurez que trasciende su edad y un deseo constante de ser mejor, de refinar su propia alma con vistas a alcanzar la meta de la vida.



Es comprensivo y noble en su actitud hacia sus compañeros, pero consigo mismo es implacable; cada pequeño fracaso es, para él, motivo de dolor, pero también de mayor confianza en la misericordia divina.

Siente un absoluto rechazo por el pecado y pasa muchas horas en la capilla a los pies del Crucificado, rezando y sacrificándose.

“Quiero ser sacerdote al servicio de la Iglesia para alabar a Dios e ir a los que aún no le conocen y transmitirles su mensaje.”

Esta es la meta anhelada y todos sus días están impregnados de un infinito sentimiento de gratitud, de un alegre Sí a la voluntad del Señor.

Y el ese Sí también era para sus compañeros:

“Bernhard, ¿puedo tomar tu camisa?”

“Con mucho gusto.”

“Bernhard, ¿quisieras comerte la remolacha que a mí no me gusta?”

“Con mucho gusto.”

“Bernhard, ¿todavía tienes las naranjas y el chocolate que te trajo tu madre?”

“¡Mira en el cajón y toma lo que quieras!”

Eran tiempos difíciles, algunos alimentos eran una rareza durante la guerra, pero Bernhard nunca decía que no, se conformaba con prescindir de ellos, de hecho pensaba que la comida estaba muy bien.

El pesado trabajo

El 2 de diciembre de 1943, un viento helado sopla en el margen del río Danubio. El aire está húmedo y el frío penetra en su ropa. Bernhard lleva trabajando con algunos de sus compañeros desde primera hora de la mañana. Como muchos jóvenes alemanes, tiene que hacer el servicio militar obligatorio. Se está congelando porque ni siquiera su ropa es suficiente para protegerle del frío. Sus manos, enrojecidas y cubiertas de quemaduras, son incapaces de recoger las piedras; el gorro y la bufanda que su madre le ha tejido con cariño no le protegen mucho del frío. Pero Bernhard no se queja y lo acepta todo con la generosidad y la alegría de los limpios de corazón. Anima a sus amigos, canta canciones para suavizar sus penas y reza en silencio a Nuestra Señora; la fiesta de la Inmaculada Concepción está a la vuelta de la esquina.



Mientras trabajaba en el Danubio en invierno,
contrajo Bernhard una grave enfermedad.

Sacrifica sus esfuerzos y el frío que penetra en su cuerpo por su padre, que ha sido llamado al servicio militar.

Fueron meses terribles para Alemania. Los ejércitos alemanes, que parecían invencibles al principio de la guerra, fueron derrotados en todos los frentes en el último mes de 1943. Casi no pasa un día sin que Bernhard escriba una carta a su padre. Se lo imagina en medio de los horrores de la guerra, siente todo su dolor, la profunda añoranza que debe de sentir por su hogar y por sus hijos.

Este hombre apacible, sensible y sencillo sufre física y emocionalmente al verse obligado a luchar en una guerra que considera injusta.

Al final del día, Bernhard se arrastra de vuelta a casa. Está cansado, tiembla, tiene la frente caliente, cree que se asfixia toda la noche y sufre mucho, pero sigue rezando a la Virgen María para que le ayude.

Sigue yendo a la escuela por la mañana.

“No debo faltar”, se dice, “¡sería una cobardía!”

En la escuela, sin embargo, se siente aún más débil, su cabeza está a punto de estallar y ya no puede tragar. El profesor le vuelve a mandar a casa.

Se avecina un desastre, pero él está preparado

Al día siguiente, el 3 de diciembre de 1943, es trasladado al hospital infantil. Lo envían rápidamente a la sala de enfermedades infecciosas; el terrible diagnóstico fue difteria séptica. Su madre le visita inmediatamente y Bernhard encuentra fuerzas para consolarla a pesar de su difícil situación:

“Madre, ¡ánimo! Si eso es lo que Dios quiere de mí, moriré con gusto.”

Y la madre Anna se acuerda de una tarde, unas semanas antes, en la que Bernhard había expresado repentinamente el mismo pensamiento poco antes de volver al seminario y confesó que estaba dispuesto a morir. Era el 3 de noviembre de 1943 y Bernhard acompañaba a su madre a la estación por la avenida, estaba muy callado.

“Bernhard, ¿quieres volver a casa con nosotros? ¿Estás enfermo?”

“Estoy bien, si tuviera que morir, también me sentiría feliz.”

“¿Por qué quieres morir, hijo mío?”

“¿Y por qué no? Podría morir con gusto.”

La madre también cuenta que su tío le regaló 100 Reichsmarks por Navidad.

“Bernhard, podemos usar eso para pagar la pensión en el seminario...”

“Mamá, si muero, podrás pagar mi traslado a casa con este dinero.”



Bernhard acepta con gratitud la atención en el hospital infantil.

Valiente en la prueba

“¿Cómo estás, Bernhard?, pregunta la Hermana Actinea, la enfermera.

“Bernhard sonríe. - Mejor, gracias, Hermana.”

Pero no es verdad. La fiebre lo está consumiendo, su rostro está demacrado y muestra todos los signos de sufrimiento, y, sin embargo no se le escapa ni una palabra de queja; acepta de buen grado el dolor, los tratamientos, la agonía de ser cuidado por otros; todo esto, podrá resultar desagradable para otros, pero Bernhard lo ve como un motivo de sacrificio.



Aunque está gravemente enfermo, Bernhard consuela a sus familiares.
Y sostiene siempre la cruz en sus manos.

“Bernhard, ¡al menos prueba el huevo con coñac! Sé que tragarlo puede ser doloroso...”

“¡No importa, Hermana, así San José también recibe algo.”

“¿Qué quiere decir eso?”

“Yo siempre lo he hecho así: una gota para el Salvador, otra para la Virgen, otra para San José y otra para las Pobres Almas del Purgatorio, ¡y después comienzo de nuevo!

Él reza y está alegre. Solo lloró una vez durante su enfermedad, pero luego lo aceptó todo de las manos de Dios.

“Hermana”, dice, “qué bonito es poder rezar el rosario y leer el cuadernillo titulado *El Papa Pío X., el ideal del sacerdote*. Pero mañana es mi cumpleaños y quizá no pueda comulgar.”

Y también a ella le prometió su oración desde el cielo:

“Cuando esté en el paraíso, te ayudaré con la guardia nocturna para que ningún niño muera sin que esté acompañado.”

También le dijo, lleno de dulzura: “Hermana, me hubiera gustado ser sacerdote, pero si el querido Salvador lo quiere de otro modo, ¡que me lleve todo para él!”

En la clínica, es simpático y amable con todos, incluso con los pacientes más pequeños. Había un niño de tres años que tenía la misma enfermedad que Bernhard, con el que a menudo charlaba amistosamente. Por eso le caía bien al pequeño Martin y, tras su recuperación, preguntaba a menudo por Bernhard.

Cuando su madre le visitaba, él le cogía la mano entre las suyas, la miraba con firmeza y se preocupaba porque veía que sufría.

“Mamá, no vengas tan a menudo en bicicleta, hace frío y te estás cansarás.”

A menudo pregunta por sus compañeros del seminario, por su padre, quien solo pudo visitarle una vez. También pregunta una y otra vez por sus hermanos.

Su padre intentó darle esperanzas en su visita: “Bernhard, te pondrás mejor.” Él respondió con calma: “Sí, sí.”

Cuando su padre se marchó, dijo: “Mamá, no quería hacer daño a papá, pero me tengo que morir.”

Mamá Anna le abrazó, le mimó como a un niño pequeño, intentó hablar con él como si estuviera segura de que se pondría mejor, pero al salir, lloró desesperada. Los vecinos se compadecen de ella, sufren con ella, sabiendo que no hay mayor dolor que ver morir a tu propio hijo.

Alabado seas, mi Señor, por la muerte de nuestro hermano.

(Cántico del Sol de San Francisco)

En la mañana del 24 de enero de 1944, la situación empeoró repentinamente; Bernhard solicitó la extremaunción, pidió oraciones y prometió que rezaría por todos desde allí arriba. Luego se despidió de sus padres, les dio a besar el crucifijo, los abrazó con todas sus fuerzas y les dio las gracias, como era su costumbre:

“¡Que Dios les recompense por todo!”

Por la noche, sus pulmones y su lengua estaban paralizados, pero Bernhard seguía teniendo la mirada penetrante que le había distinguido de los demás niños desde muy pequeño y parecía repetir todas las oraciones.

De repente, pide un trozo de papel, pues ya no puede hablar, y escribe un último agradecimiento para la Hermana que le atendió. También pregunta si el tío sacerdote, que quiere quedarse con él, tiene cerca una habitación con cama donde pueda descansar. Está ansioso, pero al mismo tiempo atento, y le dice a la Hermana:

“Duerme esta noche, pero quédate cerca de mí para que pueda despertarte.”

Unos días antes, había animado a todos los que temían el bombardeo; les dijo:

“Vayan tranquilos al refugio... Yo, moriré de todas formas, después del último ataque.”

¡Y efectivamente, así sucedió!

En la tarde del 24 de enero de 1944 falleció tan pacíficamente como había vivido. Había cumplido recientemente los 14 años de edad.

El 25 de enero se celebra la Santa Misa en su memoria en la capilla del seminario y por la tarde se realiza un servicio en memoria de Bernhard con todos los seminaristas. La Hermana Actinea, que entre las enfermeras que lo atendieron, le era la más cercana, le mandó confeccionar una vestidura blanca semejante al alba de un sacerdote y colocó entre sus manos, junto a la cruz, un ramo de tulipanes rojos.

“El hombre mira hacia el exterior, el Señor mira al corazón.”

(1 Samuel 16:7)

El 27 de enero se celebró el funeral de Bernhard en la iglesia de su ciudad natal, Herrngiersdorf, que tanto amaba. El “pequeño” Bernhard, como lo llamará el pastor Max Gsödl para distinguirlo del “gran” Bernhard de Clairvaux, encontró su lugar de descanso final en el cementerio de Herrngiersdorf, cerca de la sacristía. Sobre su tumba se encuentra una cruz de roble con la inscripción:

BERNHARD LEHNER 1930-1944

Mi vida es Cristo. Morir es una ganancia para mí.



La tumba de Bernhard en su iglesia natal en Herrngiersdorf.
También Tú puedes visitarlo.

Nota:

Con el fin de promover el proceso de beatificación de Bernhard Lehner, les rogamos que comuniquen por escrito las peticiones de oración y/o las respuestas a las oraciones atribuidas a la intercesión del Siervo de Dios al responsable del Departamento de Procesos de Beatificación y Canonización del Consistorio Episcopal para la Diócesis de Ratisbona, Monseñor Georg Schwager, Obermünsterplatz 7, D-93047 Regensburg.

Traducido al español por Karen Hernández Aguilera